

Nombre y apellido: María de Guadalupe Huesca González
Pertenencia institucional: Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) /
Universidad de Buenos Aires (UBA)
Dirección de correo electrónico: maría.huesca.ar@gmail.com

**Civilización y barbarie en el cambio de siglo XIX-XX latinoamericano: un
abordaje desde la obra de Lucio V. Mansilla (Guerra del Paraguay) y
Nellie Campobello (Revolución Mexicana).**

Civilización y barbarie en el cambio de siglo XIX-XX latinoamericano: un abordaje desde la obra de Lucio V. Mansilla (Guerra del Paraguay) y Nellie Campobello (Revolución Mexicana).

María de Guadalupe Huesca González

Tomando como punto de partida que la guerra incide en “los entramados de relaciones sociales” (Bonavena y Nievas: 2014, p.40), tomaremos dos relatos de guerra que pertenecen al ocaso del siglo XIX y los albores del XX en América Latina. Se trata de dos momentos y conflictos sociales diferentes: la guerra del Paraguay sumada a la “conquista del desierto” y la Revolución Mexicana en su fase final, marcada por el triunfo de los carrancistas y los intentos por eliminar a Francisco Villa. No obstante, encontramos algunas semejanzas que nos invitan a reflexionar en algunos de los entramados de relaciones sociales que se consolidaron en el cambio de siglo latinoamericano.

Este abordaje es un panorama preliminar que busca abrir y profundizar en ciertos temas, por lo que considero importante señalar algunos de los que quedarán afuera, por ejemplo: el papel del intervencionismo estadounidense (que también cobrará mayor importancia a lo largo del siglo XX) y el desplazamiento del eje de conflicto civilización-barbarie por aquel de lucha de clases.

A partir de la selección de textos de Lucio V. Mansilla (Argentina 1831-1913) pertenecientes a *Una excursión a los indios ranqueles* en comparación con la obra de Nellie Campobello (México 1900-1986); *Cartucho, relatos sobre la lucha en el norte de México*; *Las manos de mamá* y *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, buscamos observar dónde y cómo se unifican y enfrentan narrativamente los pueblos que encarnan el eje civilización-barbarie en la coyuntura de cambio de siglo XIX al XX.

Para hablar del dónde tomaremos dos ejes principales: el desierto como escenario y el tren como símbolo de la modernidad.

Para hablar del cómo, proponemos un primer bosquejo de mapa de actores en los relatos de Mansilla y Campobello: el indio, el desertor y el héroe. Dibujaremos este mapa desde el concepto del “aparecer político” de Didi Huberman (2014, p.23):

Plantear entonces la cuestión de la exposición de los pueblos -o de la exposición en cuanto paradigma político- equivaldría a embarcarse en lo que Aby Warburg llamaba con tanto acierto una iconología de los intervalos, una exploración del “espacio-que-está-entre” (Zwischenraum), el espacio por donde pasan y se constituyen las relaciones entre diferencias en un conflicto permanente entre monstra y Astra o, como decía Walter Benjamin, entre “barbarie y cultura”.

Conflicto en el que se cuenta, como en un perpetuo nuevo montaje de los espacios y los tiempos, toda historia trágica de la exposición de los pueblos.

Contexto

Una excursión a los indios ranqueles narra el viaje de Lucio V. Mansilla en marzo de 1870 cuyo objeto era la firma de un tratado de paz con los indios. La Guerra del Paraguay estaba recién terminada, luego de que un soldado brasileño terminara con la vida de Francisco Solano López en el Cerro Corá. Paraguay había perdido un 40% de su territorio y entre el 60% y 69% de su población. (Baratta 2015: p. 218) Para Baratta (2015: p. 216), la guerra del Paraguay “puso en primer plano las fricciones de la era de la Independencia, pero a la vez mostró su decadencia y final.” El pueblo no estaba listo para una leva de tal magnitud por múltiples factores: que muchos de los oficiales a cargo del reclutamiento eran unitarios que habían reprimido a los montoneros, que las provincias eran pobres y escasamente pobladas, la captura de gauchos que fueron llevados como prisioneros hasta el campo de batalla. Mansilla (2003, p. 66) se refiere así a la guerra del Paraguay en *Una excursión a los indios ranqueles*:

[...] La civilización y la libertad han arrasado todo.
El Paraguay no existe. La última estadística después de la guerra arroja la cifra de ciento cuarenta mil mujeres y catorce mil hombres.
Esta grande obra la hemos realizado con el Brasil. Entre los dos lo hemos mandado a López a la difuntería.
¿No te parece que no es tan poco hacer en tan poco tiempo?

En *Cartucho, relatos sobre la lucha en el norte de México* (1931); *Las manos de mamá* (1937) y *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa* (1940), la mexicana Nellie Campobello evoca los recuerdos de su infancia primero en Durango y luego en Chihuahua, donde fue testigo de la persecución de carrancistas y estadounidenses a Francisco Villa. Su obra buscaba reivindicar la entonces vilipendiada figura del apodado *Centauro del Norte* en un momento histórico donde la Revolución Mexicana había llegado a su fin.

Para Gilly, este conflicto estuvo compuesto de dos revoluciones: una popular (la de Zapata y Villa) y una burguesa (la de Carranza), que terminó por imponerse. Se trató también de una revolución esencialmente rural y no urbana. (Katz 1989: p. 90) Para Katz (1989), Villa es un personaje controvertido debido a diversos factores, dentro de los cuales podemos mencionar que son los vencedores quienes escriben la historia, que es un personaje que alberga

contradicciones y es por lo tanto difícil de encasillar, que no dejó ningún archivo ni su movimiento produjo documentos y que el grupo social que se acogió a él, era heterogéneo.

El escenario.

Para ubicarnos en los escenarios de nuestros narradores, partimos de una primera oposición campo-ciudad. La ciudad, emblema de la civilización, es presentada con sus contradicciones. Para Mansilla (2003, p.209), “[g]randes y populosas ciudades como Buenos Aires, con todos los placeres y halagos de la civilización, teatros, jardines, paseos, palacios, templos, escuelas, museos, vías férreas, una agitación vertiginosa -en medio de unas calles estrellas, fangosas, sucias, fétidas”. Para Campobello (2016, p. 178), “las capitales, [...] donde hay aparadores llenos de luces, pasteles, calcetines de seda que llevan los niños de labios marchitos y con mamás de caras pintadas con trajes de tul, que sonrían desganadamente”. La autora va más allá al mostrar la población citadina en oposición a la gente de campo: La primera “sufría por no tener espejos en su casa y virios de colores y sólo es feliz cuando logra aparentar más que los otros”, tiene “carnes blancuzcas que parecen vientres de pescados muertos o fetos conservados en alcohol” y sus niños viven “en ambientes fétidos de soirées caseras, donde se fuma, se bebe, y las gentes carecen de alientos sanos y frescos.” En el campo, en cambio “se fortalecen los huesos y los ojos, y se dora el cuerpo con el frío” (*Idem*).

El desierto.

“Lo propio de la pampa”, nos dice Martín Kohan (2014, p. 141), “es ese poder de alteración de la relación de lejanía y cercanía”, producto de la combinación de “un régimen de visibilidad máxima con un régimen de invisibilidad posible.”

Esto es puesto en evidencia también en Mansilla (2003, p. 148), cuando una nube de arena llama su atención: “creíamos acercarnos al fenómeno y nos alejábamos, creíamos alejarnos y nos acercábamos”. La nube, que por un momento pareciera ser una comisión o un grupo crecido de indios se revela finalmente como una “masa enorme de guanacos” (p. 149) detrás de la cual pasan los indios revoleando boleadoras y por último, otra masa de polvo que era un parlamento que venía. En *La guerra al malón* se retratan situaciones similares: un polvo que primero parecen avestruces resultan ser pampas y una polvareda de guanacos son en realidad indios (en Kohan 2014, p. 150).

A propósito de *La guerra al malón* del comandante Manuel Prado, Martín Kohan (2014) observa que los indios y el desierto parecen ser una misma cosa. De ahí que “se avanza sobre el desierto donde habitan los indios, porque los indios *son* el desierto. Lo son en la manera única en que brotan de él o se diluyen en él, en el transcurso singular de los combates.” (p. 141)

En el paisaje mexicano de la revolución, el desierto cumple la misión de esconder a los villistas de los estadounidenses que los perseguían en represalia por la invasión de Columbus ayudados por los carrancistas. “Los admirables jinetes, los centauros del Norte, siguieron avanzando a través del desierto. La tierra blanca e impecable los iba cubriendo.” (Campobello 2016, p. 304)

Para Campobello (2016), “[e]l desierto se antoja el lugar propio de los hombres, eleva la potencia moral hasta más allá de la sonrisa y las lágrimas.” (p. 312) Es quizás por ello que no hay mejor escenario para la campaña final de Villa (que es más bien un mecanismo de negociación con el que planea el retiro de la División del Norte) que la hazaña de atravesar el desierto en pleno verano, con una columna: “No puede ser. El general Villa asaltó hace unos días Parral y, para llegar a Sabinas, habría tenido que cruzar todo el Bolsón de Mapimí, lo que no puede ser llevando con él una columna.” (p. 313)

El tren, símbolo de la modernidad.

En “La camisa gris”, uno de los relatos de *Cartucho*, uno de los traidores de Villa es sorprendido en el tren con un muy buen sombrero y camisa. Los villistas lo bajan del tren y lo matan a balazos. “La camisa gris cayó junto de la vía del tren y en medio del desierto” (Campobello 2016, p. 125) El hombre, “al ir cayendo de rodillas se abraza su camisa y regala su vida”. Más allá del simbolismo detrás del hombre abrazado a su camisa, destacamos aquí aquel de la ubicación de la prenda: “junto de la vía del tren y en medio del desierto”, ya que marca el avance -violento- de la modernidad civilizatoria sobre la barbarie del desierto.

En otra escena reveladora, Campobello recuerda que recién llegados a Chihuahua, ella y su familia tienen vista a los rieles del tranvía, “brillantes, con reflejos largos en forma de puñales y haciendo una mueca que era una sonrisa despiadada si se la miraba desde la azotea” (pp. 176-177). La autora hace hincapié en que ellos siempre se refirieron a los rieles y no al tren:

“Son los rieles. Decían que del tranvía, pero el tranvía nunca pasó.” (*Idem*). Para ellos, ni las promesas de la modernidad ni las promesas de la revolución se hicieron realidad.

Esta escena contrasta con otra de un tren cargado de sandías en *Cartucho*. En ese relato, la sed que produce el desierto es calmada con el asalto a un tren cargado de sandías. “Villa les gritó a sus muchachos: ‘Bajen hasta la última sandilla, y que se vaya el tren.’ Todo el pasaje se quedó sorprendido al saber que aquellos hombres no querían otra cosa.” (Campobello 2016, p. 144) Esta escena pertenece al momento en que aún se albergaba la esperanza del triunfo de los villistas.

Al tren cargado de sandías y al que nunca pasa sumamos otra escena: la del tren que se descarrila. En un pasaje después de visitar al hermano de Campobello en el hospital de la ciudad de Chihuahua, el tren donde viajaban se descarrila. Para llegar a casa, Nelly y su hermana pequeña deben atravesar el puente de Ortiz en una hazaña peligrosa. Es quizás de este mismo modo que la autora, su madre y sus hermanos atraviesan la revolución.

En Mansilla (2003, p. 78), el tren es todavía un proyecto. Él contrasta la visión de aquellos que quieren unir el mar Atlántico con el Pacífico a través del Río Quinto con la suya: “La línea del Cuero es la que se debe seguir. Sus bosques ofrecen durmientes para los rieles, cuantos se quieran; combustibles para las voraces hornallas de la impetuosa locomotora.”

Mapa de personajes

El indio

Luego de hablar del resultado de la guerra del Paraguay y la reciente incursión en Entre Ríos, Mansilla nos dice que más adelante explicará que esas cosas “se relacionan bastante, más de lo que parece, con los indios” (p. 67) y reflexiona: “¿No hay quien sostiene que es mejor exterminarlos, en vez de cristianizarlos y utilizar sus brazos para la industria, el trabajo y la defensa común, ya que tanto se grita de que estamos amenazados por el exceso de inmigración espontánea?” Nos dirá también (2003, p. 95) que “[v]iviendo entre salvajes he comprendido por qué ha sido siempre más fácil pasar de la civilización a la barbarie que de la barbarie a la civilización”.

Para David Viñas (2005, p. 150), el problema del gaucho y del indio son “dos núcleos especialmente controvertidos a partir de los cuales se instauró la república oligárquica argentina”. Ambos pertenecen al “universo de los sometidos” en Argentina de 1879 a 1976

y “han cumplido el rol histórico de los esclavos en la dialéctica fundamental de la dominación”.

En Mansilla, gauchos e indios son complejizados en una visión que contrasta con la de *Martín Fierro*, para quien los indios son imposibles de mejorar y los gauchos son una potencial fuerza de trabajo y detonador de la violencia popular. En palabras de Kohan (2014, p. 130): “esa es la verdadera frontera que lo separa del gaucho. Es guerra de una asimilación necesaria [la de los gauchos] en contra de una asimilación imposible [la de los indios].”

Sobre la cuestión gauchos e indios, Mansilla (2003, p. 172) nos dice: “Quejarnos de que los indios nos asuelen, es lo mismo que quejarnos de que los gauchos sean ignorantes, viciosos, atrasados. / ¿A quién la culpa, sino a nosotros mismos?”

De los indios ranqueles sabremos que tienen tres modos y formas de conversar (familiar, en parlamento y en junta). Esto es relevante porque no sólo se les otorga una voz, sino que se hace de ella una característica importante: “Mariano Rosas tiene la fama de un orador de nota. [...] hasta entre los bárbaros la elocuencia unida a la prudencia puede disputarle la palma con éxito completo al valor y a la espada” (Mansilla 2003, p. 144) Más aún, cuando se refiere a la conversación en junta, Mansilla nos dice que “Es un acto muy grave y muy solemne. Es una cosa muy parecida al parlamento de un pueblo libre, a nuestro congreso, por ejemplo. La civilización y la barbarie se dan la mano; la humanidad se salvará porque los extremos se tocan.” (*Ibid*, p. 145)

De los gauchos en Mansilla hablaremos en el siguiente apartado, a propósito de desertores y héroes.

Por su parte, Campobello es ejemplo de la herencia de una política que en el norte de México se extendió desde el siglo XVIII hasta el siglo XIX que consistió en dotar de tierras, exención de impuestos, ciudadanía e incluso armas para defender las tierras de los ataques apaches tanto en México como en Estados Unidos. En 1885, “el más significativo de los grupos bélicos apaches fue derrotado” y paralelamente “se inauguró la primera línea ferroviaria que unía al México central con el suroeste de los Estados Unidos y que corría a través de Chihuahua” (Katz 1989, p. 96). Junto con el ferrocarril, la presencia de estos colonos serían parte fundamental de la revolución villista. Estos pobladores formarán parte de la División del Norte (a la que se sumaron también peones, pastores, mineros, desocupados y

marginados). En Campobello (2016, pp. 170-171), esta cuestión aparece en los relatos de su madre:

Sus antepasados fueron hombres guerreros que habían peleado sin tregua con los bárbaros para defender sus vidas y sus llanuras. Así como jareaban un piel roja, así ponían flechas en el corazón de las fieras salvajes. Manejaban sus hondas, sus arcos, para defender su vida desde los torreones que protegían sus casas. Así pasaron frente a los ojos de Ella escenas salvajes: “Los bárbaros habían hecho, habían, habían...”, decía la leyenda. ¿Cuántas cabelleras de aquellos pueblos — hermosas cabelleras largas— habían sido arrancadas para adornar la cintura de aquellos indios a quienes llamaban bárbaros? Las hondas se abrían gallardas a la luz del Sol, los arcos pandeaban su fuerza para vomitar flechas ligeras y mortales. Los cantos y danzas de guerra, las heroicas defensas, las mujeres hermosas, las hogueras brillantes —símbolo de la vida de estas gentes—, los odios feudales: todo esto y más le fue relatado. En sus ojos se grabaron las visiones exactas, su corazón se forjó así; nadie podría empequeñecerlo, como nadie puede quebrar un amanecer.”

El desertor y el héroe

Para Mansilla (2003, p. 71), el “indio blanco” es “un indio sin ley ni sujeción a nadie, a ningún cacique mayor, ni menos a ningún capitanejo; que campea por sus respetos; que es aliado unas veces de los otros, otras enemigo; que unas veces anda a monte, que otras se arrima a la toldería de un cacique: que unas anda por los campos maloqueando, invadiendo, meses enteros seguidos otras por Chile comerciando”. Cuando Mansilla decide enfrentar al “indio Blanco”, lo hace no con soldados, sino con “ladrones” para batir al enemigo “con sus mismas armas” (p. 72). A estos ladrones les llamará luego los “Voluntarios de la Pampa” y es a través de una anécdota que nos presenta otra complejización de los ladrones. Contratados por Mansilla, los Voluntarios de la Pampa tienen que ir a robarles a los indios. Ellos dudan. “[T]enían bastante sagacidad para comprender que yendo a robarle a cualquiera, por mi orden, yo me hacía su cómplice. / Yendo a robarles a los indios, el juego cambiaba de aspecto; tenían que ir como soldados. Llegaron tal vez a imaginarse que era una jugada mía para reclutarlos.” (p. 74) La acción de robo se modifica según quién la ejecuta, quién la pide y contra quién se ejerce. El ladrón puede tornarse soldado si la orden la da un Coronel. Y en este entramado se tejen algunos de los personajes de Mansilla: personas que huyendo de la justicia se refugian con los indios (como Miguelito), personas que a causa de la justicia son enviados al ejército (como el parricida en la historia de Juan Peretti) y los que fueron “echa[dos] a las tropas de línea sin razón” (Mansilla 2003, p. 87) como un soldado cuyo nombre no sabremos pero que nos cuenta: “Yo prefería pagar por ladrón a ser delator de mi

amigo; yo prefería pasar por ladrón y no que dijeran que Petrona era mi querida. Yo prefería ser soldado a todo eso.” (p. 89)

En la Revolución Mexicana, nos dice Katz que el ejército federal era “esencialmente un ejército de concriptos”, “personas obligadas a enrolarse por crímenes reales o presuntos, o simplemente porque no eran gratos al jefe político, el prefecto distrital.” (Katz 1989, p. 98)

El ejército de Villa, por su parte, estaba formado por voluntarios aglutinados en torno a un sentido común de pertenencia (o quizás, más bien a un sentido común del no pertenecer). De este ejército se dice que eran “seres increíbles, parecían tener alas y ojos por todo el cuerpo. Se podía asegurar que carecían de estómago y que sus cuerpos, a prueba de cansancio, resistían todos los rigores del tiempo. Y si se toma en cuenta que presentían el peligro, se comprenderá por qué eran soldados invulnerables.” (Campobello 2016, p. 309)

La vida de Francisco Villa, tal como nos la presenta Campobello, se tambalea constantemente entre las figuras de desertor y héroe, si no es que más bien es ambas cosas al mismo tiempo. En Villa se refleja una sociedad: “Villa huyó por ese miedo que todos los jóvenes pobres tuvieron a la leva. Después era imposible regresar.” (Campobello 2003, p. 204). A través de Villa sabemos que la civilización y la barbarie son también dos formas distintas de hacer la guerra que se enfrentan:

De parte de los federales estaba la máxima del capitán Canone , según la cual “ la disciplina en el ejército es organismo vivo y actuante , donde todo es hecho para la acción , actividad ordenada , coordinada y convergente hacia la victoria ” . De parte de los villistas estaba la máxima del general Maillard : “ Es la potencia moral la que hará inclinar la balanza ” . “ Potencia moral (se lee en el vocabulario del ejército francés) es más terrible que el cañón y el fusil . Esparcida en las masas , las anima , las exalta , las hace aptas para los grandes sacrificios que exige la victoria . ” (p. 233)

En Villa convergen además los sentidos de pertenencia de una raza, de una clase, de un ideal. En sus palabras de rebelión contra Carranza encontramos ese sentido de pertenencia que se esgrime también como la necesidad de resistir:

Hermanos de raza: ustedes ya han visto las injusticias y las traiciones. Ustedes saben que no lo merezco. Yo siempre he defendido a los pobres porque soy de ellos. Por eso mejor me voy a la sierra, a seguir mi vida de perseguido. Conmigo se irán los que estén dispuestos a correr mi suerte . Carranza , el dictador , sentirá más que nadie esto . Voy a hostilizarlo , no lo dejaré en paz hasta que me muera o se muera (p. 270).

Los villistas, con todo lo que representan, se presentan en el relato como seres en extinción y con ellos se agotan también los ideales de la revolución: “El coronel, sin bajarse del caballo,

lo comentaba así, con expresión, no exactamente cínica. Parecía decir, sonriendo: ‘Nos moriremos todos, todos, todos. Ellos sólo han sido los primeros’. Eran sus ideales, que pedían su vida. Se lo dijo Cartucho a Mamá y El Kirilí. ‘Se iban a morir todos, todos, todos’”. (Campobello 2016, p. 183) Lo dijo también de otra forma José Ruiz, tras la muerte de un “Cartucho”: “El amor lo hizo un cartucho. ¿Nosotros?... Cartuchos. Dijo en oración filosófica, fajándose una cartuchera.” En efecto, Cartucho decía que era un “cartucho” por causa de una mujer (lo mismo que el soldado que no dice su nombre en el relato de Mansilla) y todos ellos -los villistas- eran eso: cartuchos. En el libro de relatos que lleva por título el mismo nombre, los veremos caer uno a uno, incluido a Villa.

Conclusiones

En este abordaje preliminar de algunos escenarios y arquetipos en las obras de Campobello y Mansilla podemos observar una complejización del enfrentamiento narrativo entre civilización y barbarie y una difuminación de las fronteras entre ambos mundos. Estos relatos son también los de un momento histórico que responde al cambio de siglo XIX-XX donde hay un entramado de relaciones sociales que agoniza frente al surgimiento de una nueva trama social que empieza a construirse, como otras, a través de la guerra.

Bibliografía

- Baratta, María Victoria (2015). “La guerra del Paraguay y la República Argentina (1864-1870)”, en Lorenz, Federico (comp.), *Las guerras de la historia argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- Bonavena, Pablo y Nievas, Flabián (2014). *Guerra: modernidad y contramodernidad*. Buenos Aires: Final Abierto.
- Didi-Huberman, Georges (2014 [2012]). *Pueblos expuestos, pueblos figurantes*. Buenos Aires: Manantial.
- Katz, Friedruch y Guadarrama, Adriana (1989). “Pancho Villa y la Revolución mexicana”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 51, núm 2, pp. 87-113.
- Kohan, Martín (2020). *El país de la guerra*. Buenos Aires: Eterna cadencia editora.
- Viñas, David (2005). "Mansilla, arquetipo del gentleman militar". En *Literatura argentina y política I*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.

Obras analizadas

Campobello, Nellie (2016). *Obra reunida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. Edición Kindle.

Mansilla, Lucio Victorio (2003 [1870]). *Una excursión a los indios ranqueles*. Biblioteca Virtual Universal. Disponible en: <https://biblioteca.org.ar/libros/10068.pdf>